

## ¿ADÓNDE VA LA HISTORIA ECONÓMICA “A LA FRANCESA”?

Pablo F. Luna\*

**E**n un reciente número especial de la revista *Historiens et Géographes*<sup>1</sup> se plantea el problema de la existencia o no de una “crisis” en la historia económica “a la francesa”<sup>2</sup> y convoca a algunos de los principales exponentes e investigadores actuales de la disciplina para que reflexionen sobre el asunto y establezcan un balance (tanto en *stock* como en *flujos* expresado en términos de inventario), para que reseñen los avances y retrocesos experimentados en las últimas décadas, presenten los problemas de la investigación y la enseñanza (primaria, secundaria y superior) en esta materia y, por último, para que discutan sobre las líneas y perspectivas de evolución.<sup>3</sup>

\* Université Paris Sorbonne.

<sup>1</sup> Se trata de la recopilación de los textos aparecidos en los números 378 (mayo de 2002) y 380 (octubre de 2002), y de la transcripción de las intervenciones pronunciadas en la mesa redonda celebrada en la primavera de 2002 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. La coordinación de este número especial fue asumida por Dominique Barjot, catedrático de Paris Sorbonne (Paris IV), quien realizó igualmente la síntesis introductoria (pp. 9-16).

<sup>2</sup> Esto es, una historia económica y social, en donde la cuantificación y la estadística serial no aparecen nunca desligadas del contexto social y de las estructuras fundamentales de la sociedad, región o localidad examinadas; una historia que no le teme al trabajo estadístico paciente y riguroso, pero también una historia en donde el anacronismo economicista es considerado “pecado mortal” o desliz inaceptable.

<sup>3</sup> Los organizadores de este esfuerzo de balance historiográfico son la Asociación de Profesores de Historia y Geografía (APHG), antigua entidad profesional, fundada en 1910, que agrupa a enseñantes primarios, secundarios y universitarios y que edita la revista *Historiens et Géographes*, y la Asociación Francesa de Historiadores Economistas (AFHE), organismo esencialmente universitario, fundado a comienzos de los años sesenta por los prestigiosos universitarios e investigadores franceses especialistas en historia económica (E. Labrousse, P. Vilar, F. Braudel, P. Goubert, G. Duby, entre otros), y miembro de la actual Asociación Internacional de Historia Económica.

El resultado es un denso y apretado *dossier* en el que las ponencias y comunicaciones de los especialistas, clasificadas por épocas, objetos de investigación, problemáticas y metodologías de trabajo, permiten reconstituir un *tableau général* del estado presente de dicha especialización en Francia. Es lo que deseamos presentar en esta reseña, sintetizando en primer lugar los resultados de dicho esfuerzo colectivo y, después, tratando de darle, por nuestra parte, la mayor coherencia posible, situando obras y aportes en su perspectiva histórica.

Desde el punto de vista del contenido, el expediente se compone de cinco capítulos. Luego de la introducción y presentación de los editores y organizadores<sup>4</sup> de la publicación, en la primera parte los participantes reseñan, por épocas, un balance de la producción elaborada por la historia económica francesa (antigüedad, medioevo, época moderna y época contemporánea, según los cortes clásicos de la historia europea), recordando el bagaje progresivamente acumulado hasta ahora, pero también haciendo énfasis en los cambios de orientación que se han observado desde mediados de los años setenta. La segunda y la tercera parte se consagran ya de lleno a describir la evolución experimentada, tanto en lo relativo a los objetos de investigación como en las problemáticas planteadas por los historiadores economistas franceses. Se agregan algunas muestras del material pedagógico que puede ser utilizado (incluso mediante el uso de las nuevas tecnologías de información y comunicación) para mejorar la enseñanza de la materia y atraer el interés de los alumnos. La cuarta parte está íntegramente consagrada a la discusión de métodos e instrumentos de trabajo (estadísticas, bases de datos, cartografía, etc.) y a la cuestión permanente relativa a las relaciones entre historia, historia económica y ciencias sociales (la economía situándola, desde luego, en primer lugar). Cierra el *dossier*, en su quinta parte, la transcripción de las intervenciones efectuadas con motivo de una animada mesa redonda sobre la manera de enseñar la historia económica en la Francia actual, en donde participaron e intercambiaron experiencias profesores secundarios y universitarios.

<sup>4</sup> Gerard Béaur, presidente de la AFHE, explica la contradicción flagrante entre un mundo actual impregnado hasta la saciedad por la información económica y el reducido espacio que ocupa ésta en los diversos niveles de la enseñanza, a pesar de la riqueza (pasada y presente) y la novedad y variedad de enfoques que se perciben en dicha disciplina. En su propia reseña sobre la historia del campo y sus evoluciones, el mismo autor pone de relieve la utilidad que se derivaría de una mayor presencia de la historia económica en el debate presente, para entender mejor los desafíos contemporáneos de las transformaciones económicas que se observan, tanto en el mundo urbano como en el rural. G. Béaur, en *Historiens et Géographes* (en adelante *HG*), pp. 88-89.



## EL LEGADO

En términos generales, se puede afirmar (y casi sin correr el riesgo de equivocarse) que actualmente la historia económica no está de moda, ni en Francia ni en el resto del mundo. El auge experimentado por los estudios de historia cultural, de mentalidades e imaginarios, y el renovado interés por la historia política, obvios desde hace aproximadamente 25 años, han arrinconado la otrora próspera y prestigiosa historia económica, obligándola a repliegue y retirada, y sumiéndola en un universo de dudas, inquietudes y hasta culpabilizaciones. Lo cual no es óbice, sin embargo, para que los especialistas convocados se esfuercen por presentar los principales logros adquiridos por dicha disciplina en sus más fecundos desempeños anteriores.

Es el caso, en primer lugar, de la historia medieval, un sector en donde, en las últimas décadas, la pérdida de importancia de la historia económica se ha hecho patente.<sup>5</sup> Y, sin embargo, los avances logrados desde el siglo XIX habían sido muy significativos y casi ejemplares hasta hace algunos años, y ello en diversos terrenos: historia de las instituciones monetarias y del trabajo, historia de la propiedad terrateniente, historia agraria, historia de la ocupación de los espacios y los grupos sociales establecidos.

Los trabajos del gran historiador medievalista Marc Bloch, cofundador de *Annales* en 1929, fueron un avance sustancial y dejaron una huella imborrable que otros historiadores siguieron después, dándole a la herencia recibida una extensión regional mediante investigaciones más puntuales y localizadas.

Y ello a pesar de que el enfoque y análisis de la actividad productiva, de las estructuras y las prácticas económicas, es decir, de la misma economía medieval y sus especificidades, no ocupara precisamente el lugar central en dichas investigaciones, tal como ha sido el caso de otras experiencias historiográficas europeas (británica, alemana o italiana). Mucho más que en el cuadro analítico de las estructuras y técnicas económicas, e incluso comerciales, los trabajos de historia económica en Francia, en torno al objeto denominado economía medieval, se han inscrito más fácilmente en el interior de una perspectiva social y socioeconómica, con la mirada puesta en sus protagonistas y comportamientos y en las opciones de grupo, dentro de un espacio geográfico de establecimiento. Con lo que el objeto mismo, la historia económica medieval ha pasado a segundo lugar.

<sup>5</sup> La reseña de M. Arnoux, en *HG*, pp. 29-36, puntualiza las manifestaciones concretas y mensurables de la crisis en historia económica medieval: pocos investigadores, pocos estudiantes, pocos medios, pocos cursos.

Si la crisis también aparece visible en historia moderna, conviene, sin embargo, situar el contexto previo y el éxito alcanzado por la historia económica “a la francesa”, luego del *boom* que representó la creación de *Annales* (en cuya coyuntura, dicho sea de paso, algunos sitúan igualmente la fundación de la historia económica<sup>6</sup> francesa), y, sobre todo, con la influencia que ejercieron desde la Sorbonne, después de la segunda guerra mundial, los dos trabajos mayores de Ernest Labrousse.<sup>7</sup>

Sus efectos se multiplicarán después gracias a la acción de Fernand Braudel, propulsor de la EHESS (con una historia económica abierta al mundo, a sus mares, océanos y continentes), y mediante la formación del Centro de Historia Económica y Social de la región de Lyon, impulsado por Pierre Léon. Así se consolidaba entonces, mediante trabajos de investigación y síntesis historiográficas diversos, una historia económica en la que lo social aparecía como la forma de ser de lo económico, en la que se intentaba avanzar hacia una historia total, global, capaz de explicar cómo nacen las revoluciones y de qué manera se produce la evolución hacia el capitalismo a escala mundial; ambiciones analíticas que hicieron progresar la ciencia histórica en su conjunto.

Las investigaciones eran conducidas en torno al eje estructuras-coyunturas (la coyuntura es la manifestación de la estructura en movimiento, según la famosa formulación de Ernest Labrousse) y llevaban a la necesidad de recopilar estadísticas homogéneas de precios, salarios, rentas, beneficios, producciones agrícolas y manufactureras, intercambios mercantiles, relaciones entre la ciudad y el campo, etc., en un intento por conocer las estructuras a partir de lo que revelaban las coyunturas, especialmente en los momentos de crisis, enfocadas en su totalidad, lo más exhaustivamente posible, sin esquematismos economicistas ni *a priori* ideológico.

Los ciclos económicos y los factores de ruptura en las evoluciones a corto y de mediano plazos se transformaron en objetos de investigación: la crisis de 1929-1930, desde luego, pero también los periodos de prosperidad (por ejemplo, los “treinta gloriosos años” de recuperación después de la segunda guerra mundial) eran hechos del presente que estimulaban la reflexión de los historiadores y les movían a enriquecer sus problemáticas del pasado.

<sup>6</sup> La reseña de P. Minard, en *HG*, pp. 37-46, habla del periodo 1920-1930 y sitúa en esta década el nacimiento en Francia de dicha disciplina. Lo que no impide recordar, sin embargo, los planteamientos y esfuerzos anteriores, que ya eran los de una historia económica en ciernes.

<sup>7</sup> Se trata de *Esquisse*, 1933, y *Crise*, 1944, ambos publicados en París. En castellano, los trabajos de Ernest Labrousse han sido traducidos (en resumen) y publicados en España como *Fluctuaciones*, 1962, y también en *Estructuras*, 1969.



El papel de Ernest Labrousse desde la Sorbonne (a quien luego sucediera Pierre Vilar, aunque con la mirada puesta principalmente al otro lado de los Pirineos, en la península ibérica) fue fundamental para llevar esta lógica de investigación hacia los cuadros regionales y locales, yendo de lo económico a lo social y a lo mental, aunque sin formar compartimentos estancos, pasando (y volviendo) de las infraestructuras a las superestructuras,<sup>8</sup> reforzando la tradicional alianza académica francesa entre historia y geografía,<sup>9</sup> y multiplicando el número de monografías locales mediante las memorias y los trabajos de estudiantes, los que debían de permitir en un momento determinado reconstituir un cuadro general conjunto de historia económica y social de Francia.

Por otro lado, el modelo *labroussien* de la crisis de antiguo régimen, como factor explicativo<sup>10</sup> de la *révolution* del siglo XVIII, se consolidó evidentemente en este contexto. El éxito historiográfico de esta corriente fue obvio a lo largo de los años sesenta e incluso setenta, a pesar de las críticas que ya provenían tanto desde el mundo anglosajón como desde la misma Francia.<sup>11</sup> La cuantificación y el argumento fundamentado en cifras y estadísticas se habían impuesto hasta entonces; su presencia era,

<sup>8</sup> Ernest Labrousse, aceptando la clásica dicotomía entre *movimiento* y *resistencia*, estima que existe un desfase general en el funcionamiento de las sociedades; un desfase que es especialmente visible cuando se analiza el movimiento y la dinámica de dichas sociedades. Ante el avance de lo técnico y económico, las estructuras sociales resisten y cuando menos se retrasan. Cuando por fin éstas también son acarreadas por el movimiento, al cabo de un lapso (lo que implica que lo técnico y económico eran lo suficientemente fuertes como para persistir en su vocación de movimiento), son entonces las estructuras mentales las que resisten y se retrasan. Sólo muy raramente los políticos toman en cuenta estas circunstancias y desniveles que se verifican en el mundo de lo real y, a veces, cuando lo hacen, sólo suelen pensarlo en términos políticos, lo que los lleva muy frecuentemente a *imputar* a lo político los factores de resistencia (o retraso), cuando en realidad éstos proceden de otra esfera de origen e indiscutiblemente dependen de otras variables. El poner en evidencia dichas *imputaciones*, verificadas en reiteradas oportunidades (y lugares), no es uno de los aportes menores de Labrousse.

<sup>9</sup> Otro tanto ocurría con los trabajos de Pierre Goubert y los que dirigió en tesis y memorias universitarias, los que por su parte incorporaban la necesidad de tomar en consideración las variables estructurales y regionales de orden demográfico. La reseña de J. Heffer y M-V. Ozouf-Marignier, en *HG*, pp. 237-245, al examinar la evolución de las relaciones entre la historia económica y las ciencias sociales, observa cierto retraimiento en las tradicionales relaciones entre historia y geografía y un estrechamiento de lazos entre historia económica, sociología y antropología económica.

<sup>10</sup> Esto es, de qué manera la subproducción agrícola, factor recurrente bajo el antiguo régimen, y la demografía que resultaba (y sufría) de dicho proceso productivo conducían al subconsumo industrial y a la crisis citadina por diferentes canales, antes de abrir un nuevo ciclo de *recuperación* y *ulterior expansión*.

<sup>11</sup> Críticas que, con mayor o menor intensidad y certeza, cuestionaban la “departamentación” de la historia de Francia, la homogeneización de regiones dispares, el considerar un esquema demográfico esencialmente malthusiano, el pensar que bajo el antiguo régimen la economía agraria ya respondía casi automáticamente al juego de la oferta y la demanda. Los ecos del anglosajón *Debate Brenner* eran entonces débiles en Francia.

por lo general, sinónimo de trabajo de terreno, de erudición documental y archivística y de seriedad analítica.

En estos activos reposaba el prestigio alcanzado por la historia económica en Francia hasta fines de los años setenta, unas bazas que se exhibían sobre todo en historia rural y del campo, en particular para la época moderna. Unos logros que se apoyaban en la voluntad de darle una comprensión *total*<sup>12</sup> a las condiciones de vida y trabajo de las sociedades (y no sólo la francesa) y a sus transformaciones, fuesen éstas revolucionarias o no. Lógicamente, la crisis, al producirse, tenía que golpear frontalmente los fundamentos sobre los que se alzaban el éxito y la influencia de la disciplina. Y evidentemente el contexto económico y político y el cambio en la coyuntura mental e intelectual no serían en absoluto ajenos a los cuestionamientos que se le iban a oponer.

#### LA CRISIS

La explicación de la crisis que empieza a afectar a la historia económica “a la francesa”, desde fines de los años setenta, se asienta en diversos factores, según el análisis de los especialistas<sup>13</sup> convocados. En primer lugar, el sensible retroceso del marxismo en el seno de la comunidad de los historiadores,<sup>14</sup> pero también la desconfianza creciente frente a los modelos explicativos globales y a las interpretaciones de conjunto. Además, el cuestionamiento de la capacidad de la cifra para explicar un hecho o una evolución, las dudas en torno a la posibilidad real de cuantificar los fenómenos en historia y la sospecha ante las nociones que dependen de una expresión basada en cifras deben también de tomarse en cuenta.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Una *historia total*, en donde total no significa, como lo recordaba Pierre Vilar, que el historiador debía de ocuparse de *todo en todo momento* (ilusión quimérica), sino que sobre todo tenía que aprender a percibir qué era lo importante y determinante en cada coyuntura (porque *no siempre es lo mismo*) y en cada espacio, en y para cada grupo o medio social y en cada sociedad, en y para cada una de las problemáticas de su objeto de trabajo. Lejos de fáciles determinismos y de *totalitarismos* intelectuales, salvo contadas excepciones, el trabajo del historiador se concebía entonces como una actividad apoyada en una gran flexibilidad para el examen del objeto de investigación, de sus hipótesis y fuentes.

<sup>13</sup> En todo caso su traducción es obvia, desde el punto de vista del número de investigadores que se dedican a ella y de tesis que se le consagran; desde el punto de vista del número de estudiantes y de los medios puestos a su disposición.

<sup>14</sup> En su reseña sobre la evolución de la historia del campo, G. Béaur, en *HG*, pp. 77-90, explica dicho retroceso en el contexto general de virage ideológico que representa el “declive de las ideologías”, agregando que sus consecuencias se manifiestan en el abandono de la prioridad anteriormente concedida a los factores materiales, en tanto que motor de la historia, en el olvido de la noción de clase y el ocultamiento de los grupos sociales (p. 80).

<sup>15</sup> J-Y. Grenier, en *HG*, pp. 46-47, recuerda que desde 1978 C. Ginzburg, fundador de la escuela de la microhistoria, ya rechazaba la idea de que el historiador pudiera ser capaz de



Pero indudablemente también tiene que considerarse, en esta explicación general, el cambio en los valores y paradigmas sociales y económicos que se experimenta en la Francia de los años ochenta y noventa. El resurgimiento del liberalismo y el culto de la libertad económica, empujados por vientos del Atlántico y del mar del norte, contra un Estado manifiestamente omnipresente, van a favorecer paulatinamente el cambio de la imagen social de la actividad económica, la del hombre de empresa y la del hombre de negocios, y postular un renacimiento de los valores individualistas,<sup>16</sup> de lo pequeño contra lo grande, del individuo actuante (es decir, del "actor") contra el Estado depredador e ineficaz, de la unidad microempresarial contra el lento y pesado conglomerado (sobre todo si es estatal o público). Lo que va de la mano con el cambio de imagen de la misma empresa, otrora lugar de explotación del trabajo, de alienación y deshumanización, transformada de allí en adelante en teatro de actores para hazañas y epopeyas de nuevos héroes. Así se ponía en marcha, también en Francia, el rejuvenecimiento de la imagen del sistema económico vigente.

Sin embargo, la especificidad francesa, tanto cultural como económica y estructural, no se iba a satisfacer ni a contentar con un simple calco de las modalidades intelectuales y culturales venidas del mundo anglosajón. En particular, en el plano de la teoría económica la respuesta sería dada por la escuela de la "regulación",<sup>17</sup> como construcción atrayente,

---

observar regularidades en el tiempo y sobre todo de cuantificarlas, puesto que sólo estaba habilitado para recoger los "indicios" de un pasado prácticamente perdido. Este tipo de cuestionamientos, que luego se profundizarían en los años posteriores, asestó un duro golpe al uso y significado de la cifra en el trabajo del historiador. La cifra parecía perder poco a poco buena parte de su valor heurístico, pero, vale la pena subrayarlo, sólo en la medida en que ponía en tela de juicio los logros acumulados hasta ese entonces por la historia económica en vigor. Indudablemente, las nuevas tendencias habrían de incorporar los trabajos cuantitativos y utilizar la "cifra" en su propio provecho. La cuantificación no estaba en peligro. Sobre la permanente necesidad de la cuantificación (y su renovación) y el uso imprescindible de las estadísticas en historia (económica, pero no solamente) el *dossier* incluye las reseñas de P-C. Hautcoeur, en *HG*, pp. 137-144, y J-F. Eck, en *HG*, pp. 251-258.

<sup>16</sup> Desde las más altas esferas del Estado, los dirigentes políticos se dirigen a los parados y excluidos del sistema económico para incitarlos a que se enriquezcan. "Vuélvanse ricos" o "viva la crisis" son lemas de jefes de gobierno y títulos de populares emisiones de televisión (en las que actores y hombres de empresa "actúan" de conjunto). El dinero y la fortuna son la recompensa *natural* de los vencedores; éstos son el nuevo ejemplo para cada individuo de la sociedad.

<sup>17</sup> Se puede considerar a Michel Aglietta como el fundador de esta corriente gracias a la publicación de su obra *Régulation*, 1976 (en castellano *Regulación*, 1979). Otros economistas franceses (Robert Boyer, Alain Lipietz, Hugues Bertrand, etc.), que por lo general trabajaban como funcionarios en el aparato del Estado francés y no en el mundo universitario, reforzaron las filas de una escuela que se constituía y que no era en principio hostil a las interpretaciones marxistas. De instrumento de diagnóstico de la crisis de los años setenta, la teoría de la regulación iniciaba entonces un itinerario que la conduciría paulatinamente hacia su transformación



original y singularmente francesa,<sup>18</sup> asentada en las convenciones, las negociaciones, el consenso y las formas intermediarias y de intermediación, en el cuadro de la administración del sistema económico vigente y la solución de sus crisis y contradicciones. Su influencia habría de ganar progresivamente los diversos campos del quehacer académico e intelectual y penetrar también profundamente en el interior de la comunidad de los historiadores y su disciplina. Ni la historia, en general, ni en particular la historia económica quedarían al margen de este influjo.

Se trata entonces de un agregado de factores<sup>19</sup> (externos e internos) que desde fines de los años setenta cuestionan, en el núcleo mismo de la historia económica “a la francesa” elaborada hasta ese entonces, tanto los objetos de investigación, la metodología y los instrumentos de trabajo, como los enfoques estructurales, los modelos existentes y las escuelas constituidas. Apoyándose desde luego en quienes ya con anterioridad habían intentado oponerse a la hegemonía de la corriente predominante, y secundados por aquellos que decidieron de buena gana aceptar el

---

en herramienta de *gestión*, gracias a la intervención del Estado, no muy alejada de las formulaciones y recomendaciones keynesianas.

<sup>18</sup> La reseña de P. Fridenson, en *HG*, pp. 69-75, para el periodo contemporáneo, pone de relieve esta corriente del pensamiento económico y su influencia en otras disciplinas, en ciencias sociales y en historia. Después de su irrupción se abre un periodo en el que van a ponderarse significativamente las alianzas y acuerdos frente a la incertidumbre del cambio tecnológico y del cambio a secas; entonces, los historiadores por su lado empiezan a interesarse mucho más en los carteles y formas oligopólicas, en las cooperativas, en las formas de colaboración social, es decir, más en el consenso que en el disenso. Se pone de realce la importancia de las jerarquías privadas para el funcionamiento de la vida económica; lo que incita entonces a los historiadores a tratar con mayor interés el papel de las grandes y pequeñas empresas para resolver, con autonomía e independientemente de la sociedad y el Estado, los problemas de la creación de conocimientos, de administración, de innovación, etc. Se focaliza el interés respecto a las comunidades y las redes de relaciones que se instauran en el mundo económico, gracias a la cohesión interna, la fidelidad y la confianza entre los actores individuales; los historiadores dirigen entonces su mirada hacia cuestiones anteriormente soslayadas como el vínculo social, las familias y las relaciones familiares, los círculos y clubes como nexos de sociabilidad, y la propia noción de *red* se consolida antes de enfrentarse a la otrora conflictiva (y sospechosa de marxismo) noción de *clase social*.

<sup>19</sup> Por su lado, la enseñanza universitaria en las facultades de economía empezó a acercarse de forma acelerada a la enseñanza dispensada en las facultades anglosajonas, con un predominio creciente de la formulación modélico-matemática y econométrica, en detrimento de otros campos (de teoría o aplicación) no susceptibles de modelización formal. En historia económica, los adeptos de la cliometría se hicieron cada vez más numerosos (sin que se produjera, sin embargo, un mayor acercamiento entre historiadores y economistas), lo que era al mismo tiempo paradójico, puesto que la cifra parecía perder cada vez más importancia ante los ojos del historiador (por lo menos en el discurso de los ideólogos). En realidad, el cuestionamiento de la cifra y la cuantificación dependía del tipo de historia económica al que prestaban servicio, tal como lo hemos indicado anteriormente. Sin embargo, conviene destacar la aparición de revistas como la parisina *Histoire et Mesure*, primero semestral y luego trimestral, la que desde 1984 promueve la reflexión y clarificación científicas en torno al uso de cifras, estadísticas y métodos cuantitativos en historia.



cambio de paradigmas y adaptarse a los nuevos vientos. Veamos los resultados.

### LAS NUEVAS PERSPECTIVAS

#### *Por épocas y metodologías*

En la historia económica de la antigüedad, en donde las evoluciones observadas, tanto desde el punto de vista de la producción historiográfica como de las problemáticas examinadas, parecen responder a una cronología *sui generis*.<sup>20</sup> La renovación se debe principalmente a un aumento del material documental disponible gracias, en particular, a la arqueología (un material sometido a su correspondiente crítica) y a la difusión entre los especialistas franceses, a mediados de los setenta,<sup>21</sup> del debate desarrollado desde décadas anteriores en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, en torno a la existencia de una economía antigua, de caracteres definidos y relativamente comunes a varias realidades geográficas, con elementos constitutivos de una totalidad<sup>22</sup> relativamente homogénea y perceptible.

Las nuevas investigaciones efectuadas y las reflexiones suscitadas desde entonces han estimulado el interés por este largo periodo de la historia de la humanidad y han permitido, al mismo tiempo, darle una especificidad a los aportes económicos de la antigüedad, prolongando, sin anacronismos, su comparación con otros periodos históricos ulteriores. La importancia y el relativo dinamismo alcanzados por la actividad agrícola antigua, tal y como se coligen de las investigaciones recientes, se oponen a la tradicional visión de estancamiento e inmovilismo tecnológico en la agricultura antigua.

Las evidencias cada vez más precisas en el mundo griego antiguo de presencia de masas monetarias consecuentes, las que desempeñan funciones diversas (intercambio, acumulación crédito, etc.), permiten revisar

<sup>20</sup> La reseña de R. Descat y J. Andreau, en *HG*, pp. 17-28, se interesa, sobre todo, de la producción historiográfica relacionada a los mundos griego y romano. Luego de un periodo expansivo y de gran actividad entre las dos guerras mundiales, explican los especialistas, la historia económica de la antigüedad atravesó por una fase de repliegue entre 1950 y 1975, para conocer luego un movimiento de auge que se mantiene hasta nuestros días.

<sup>21</sup> Gracias a la publicación en francés, en 1975, del libro de Moses Finley sobre la economía antigua, *L'économie, 1975* (en inglés *Ancient*, 1973).

<sup>22</sup> Una economía agrícola, autosuficiente, que produce casi lo mismo en todas partes, de débil intercambio y mercados reducidos, con circulación de productos suntuarios y con la ciudad como centro de consumo más que como núcleo productor o comercial, es decir, como expresión de un proceso de urbanización movido por razones más bien culturales que económicas.

la anterior perspectiva que tendía a relativizar el lugar ocupado por dichas funciones en la economía antigua. Las pruebas de la expansión de la artesanía dentro de las ciudades, especialmente en el mundo romano (restos arqueológicos de talleres ciudadanos), aparecen cada vez más patentes; lo que cuestiona hasta cierto punto la imagen de una capital poblada esencialmente por las elites y sus ociosas clientelas. Los recientes estudios sobre la esclavitud, en términos de “estrategia” de sobrevivencia (que introducen la existencia de actividades complementarias hasta ahora desconocidas), dejan abierta la perspectiva de una mayor complejidad al momento de considerar la “condición del esclavo”.

Por su lado, en historia medieval, las influencias recientes y el movimiento de renovación se abrirán campo seguramente gracias al planteamiento de aquellos problemas relacionados con la conformación de un pujante espacio económico en la parte más occidental del viejo continente,<sup>23</sup> entre los siglos X y XV. Lo que implica al mismo tiempo evocar algunas cuestiones económicas específicas como la afirmación de la monetarización, el crecimiento agrario y demográfico a partir de los siglos XI y XIII, la unificación paulatina de los mercados europeos y mediterráneos y la consolidación manufacturera que se observa en esos momentos, especialmente en las producciones metalúrgica y textil. Problemas que han sido en algún momento puestos sobre el tapete por la historiografía francesa, pero para cuyo tratamiento preciso es mejor consultar el resto de la bibliografía europea<sup>24</sup> (especialmente británica o italiana).

Sin embargo, varias investigaciones recientes, que abren nuevos territorios a la mirada del historiador medievalista en función de las nuevas preocupaciones contemporáneas, presentan perspectivas prometedoras. Por ejemplo, respecto al régimen de remuneraciones y la asistencia social, tal y como se presentaban en aquella época, en particular en los momentos de crisis; sobre las prácticas agrícolas y el progreso técnico examinados desde el interior del mundo medieval, lo mismo que sobre

<sup>23</sup> Una fuerza económica que se impone paulatinamente a los otros descendientes del antiguo imperio romano: los mundos bizantino y musulmán. Una fase de acumulación primitiva de riquezas sin cuya comprensión resulta imposible entender la afirmación de la economía-mundo europea del siglo XVI. M. Arnoux, en *HG*, p. 32.

<sup>24</sup> Una prueba de este déficit en la historia económica medieval francesa la constituye, según el autor de la reseña, la débil acogida observada en Francia a los trabajos efectuados recientemente por el medievalista Guy Bois, en los que dichas problemáticas aparecen claramente planteadas. Por otra parte, la hegemonía actual de la historia cultural, religiosa o social se manifiesta, por ejemplo, en aquellas investigaciones en que los registros contables o los archivos notariales, que son fuentes típicas de historia económica, se analizan más desde el punto de vista de su forma (con instrumentos y métodos de la lingüística, la sociología o la antropología), sin referirse en absoluto al contenido esencialmente económico encerrado en dichos documentos, *ibid.*, p. 31.



las técnicas individuales en determinados oficios (en la producción textil lanera, por ejemplo).

El estudio del pensamiento económico durante la edad media, en el que se combinan elementos de historia económica e historia intelectual, es uno de los campos en los que los efectos de la crisis evocada no se han hecho sentir directamente; tanto más cuanto que se trata de un segmento de investigación que se halla en pleno auge internacional. El redescubrimiento de la obra de pensadores y teólogos escolásticos permite utilizar convenientemente la teoría económica antigua para comprender, por ejemplo, la variedad de contratos y relaciones de crédito que se observan a lo largo del medioevo, lo que es prelude indispensable para un tratamiento estadístico pertinente de tales contratos y de las relaciones socio-económicas subyacentes.

En lo que concierne a la historia moderna, varias vías de investigación testimonian los cambios de paradigmas, objetos y métodos en la historia económica “a la francesa”.<sup>25</sup>

En primer lugar, la revisión de la percepción del Estado monárquico, efectuada desde una perspectiva fiscal y financiera y que conduce a reconsiderar la visión tradicional de las relaciones entre las elites nobiliarias y la monarquía. Es la totalidad de la aristocracia la que aparece comprometida, de cerca o de lejos, en el financiamiento de las necesidades de la corona, lo que permite comprender mejor la oposición nobiliar ante cada intento de reforma fiscal; los “negocios del rey”, esto es su financiamiento, aparecen como una jugosa fuente de beneficios para la nobleza y se manifiestan como un potente factor de bloqueo de los intentos reformistas bajo el antiguo régimen.

En segundo lugar, la modificación de la imagen anterior respecto al proceso de industrialización, a sus vías y procedimientos. Los trabajos efectuados recientemente, muy a menudo bajo inspiración de la historiografía anglosajona, ponen el acento en la movilidad e inestabilidad (internas y hacia el exterior) de las corporaciones, especialmente en el mundo laboral urbano, en la importancia de los factores técnicos de la innovación y en los “mundos interiores” de los inventores. Al tiempo que se modifica la visión de la revolución industrial, concebida ya no como ruptura respecto a la situación anterior, sino más bien como continuidad y resultado lógico de una lenta acumulación de pequeños avances (con reconsideración en el proceso de la pequeña producción rural

<sup>25</sup> Un poco a contracorriente, el autor del balance sobre este periodo insiste más bien en la vitalidad de la historia económica y en los progresos registrados en los últimos años, los que sólo pueden ser observados si se dejan de lado los clichés sobre un presunto agotamiento de dicha historia. P. Minard, en *HG*, p. 46.

mercantil); la teoría de la protoindustrialización ha terminado por imponerse.<sup>26</sup>

En tercer lugar, la reevaluación de la noción de consumo en toda la variedad de los objetos destinados a dicho fin, interpretada como un intento para combinar historia económica e historia cultural. Una tendencia que postula incluso la utilidad de la “historia de las cosas banales” (D. Roche), tanto por lo que puede aportar respecto a la forma física y cultural del apropiarse de las cosas, como por el hecho de abandonar la universalización anacrónica de un *homo œconomicus* intemporal.

De esta manera, la nueva historia económica no se concentra en las estructuras de producción, en los precios o los ingresos, sino que pone el acento en los modos de consumo y en el sentido dado a los bienes consumidos. Un consumo cuya magnitud y composición no responden necesaria y automáticamente al aumento de los ingresos (la ley de Engel ha sido interpretada muchas veces de manera estricta y abusiva), sino más bien a una compleja combinación de factores, en donde conviene interrogarse sobre los orígenes de los diferentes segmentos del ingreso global y su importancia relativa respecto al de otras familias.<sup>27</sup>

En cuarto lugar, la necesidad de escindir el estudio *de los* mercados y la idea de la generalización de los principios *del* mercado; esto es, el cuestionamiento de la aplicación economicista (y anacrónica) de los postulados neoclásicos del equilibrio general a realidades antiguas.<sup>28</sup> Esto ha llevado a tener más en cuenta las imperfecciones de los mercados y su conflictiva compatibilidad con la actitud de las sociedades, cruelmente reacias hasta hace muy poco a la generalización de los principios y prácticas exclusivamente mercantiles. ¿Podemos seguir utilizando el adjetivo “tradicional” (en su acepción peyorativa) para calificar las sociedades que manifiestan su desconfianza ante los preceptos liberales? Asfixiados por

<sup>26</sup> Formulada durante los años setenta por Mendels, *Industrialization*, 1981. Dicha teoría intenta explicar las formas de organización mixtas (urbana y rural) de la producción, diferentes de la típica artesanía rural, en donde ya se perciben las diversas formas de movilización de la mano de obra según las desigualdades de cualificación de ésta, la búsqueda de circuitos de comercialización locales o regionales (incluso internacionales), y hasta formas embrionarias de especialización y complementariedad regionales. Desde entonces, tanto su aplicación como las críticas que ha suscitado (abriendo paso a la aceptación de una variedad de vías para la industrialización) han sido especialmente útiles y fecundas. P. Minard, en *HG*, pp. 41-42.

<sup>27</sup> Una reseña del influjo de esta tendencia en historia económica contemporánea la proporciona J. C. Daumas, en *HG*, pp. 165-174, quien puntualiza, sin embargo, un déficit en los análisis efectivamente socioeconómicos del consumo y subraya la necesidad de llevar a cabo una clarificación conceptual.

<sup>28</sup> Sin embargo, la idea no es nueva; ya había sido planteada, entre otros, por Pierre Vilar en los años sesenta, en su monumental tesis sobre Cataluña: distinguir entre el *mercado*, espacio social localizado de encuentros (y desencuentros) e intercambios imperfectos, y el *mercado*, ente abstracto de los economistas neoclásicos. De donde se desprenden por lo menos dos economías de mercado.



las exigencias librecambistas de los especuladores, ¿cabía exigir a los consumidores que se plegasen a un liberalismo para el que no contaban ni con los medios patrimoniales ni con los ingresos adecuados?

La implantación europea (y especialmente francesa) de las instituciones liberales no fue ni automática, ni total, ni definitiva.<sup>29</sup> La generalización y uniformización de los precios fue un proceso lento y sinuoso, muchas veces ayudado por las mismas instituciones del *ancien régime* (por ejemplo, las ferias tradicionales, de origen estatal y monárquico, centros itinerantes de privilegios, las que no obstante permitieron introducir los principios y la práctica de la libertad mercantil, con aceptación popular). Lejos del inmovilismo o de las tendencias presuntamente naturales hacia el autoconsumo, las sociedades “tradicionales” parecen ser más bien centros de coexistencia de varias racionalidades económicas, cuya articulación es variada y cambiante.

Finalmente, la necesidad de incorporar concretamente en el análisis histórico las variables de confianza y comunicación y hacer que el concepto de costo integre plenamente diversos factores del contexto socioeconómico (los “costos de transacción”, según D. North), yendo más allá de las simplificaciones neoclásicas. Las dos primeras (confianza y comunicación) subrayan la importancia de la noción “redes de conocimiento recíproco” (*réseaux d'inter-connaissance*) para darle estabilidad a los intercambios, en particular al crédito, no sólo urbano sino también rural. Al impregnarse con las modalidades de este trabajo, el historiador desarrolla su sensibilidad para observar tanto los mecanismos microeconómicos como los del funcionamiento social local. Por su parte, los “costos de transacción” incorporan los costos derivados de los obstáculos a los intercambios: transportes caros y difíciles, impuestos reales, derechos reales y señoriales, deducción de diezmos, etc., pero también, la ineficacia de la justicia para hacer que la ley se aplique, la falta de información sobre los precios, la falta de información sobre el estado de la oferta de bienes, etc. Esta nueva perspectiva le da una luz diferente a las reglamentaciones estatales, pone de realce la preocupación por la calidad de la producción para asegurar la confianza del consumidor, permite ver la actividad económica bajo otros parámetros distintos del criterio de utilidad (aunque en esto último es poco en realidad lo que se ha avanzado).

<sup>29</sup> En otro balance del *dossier*, relativo a las relaciones entre Estado y economía después de la *révolution* (P. Minard, en *HG*, pp. 195-201), se examina la vocación tradicionalmente “colbertista” del Estado francés y se plantea el problema (y la paradoja) del “regreso” del Estado como actor y regulador económico central, luego de haberse suprimido, gracias a una legislación liberal, las corporaciones y agrupamientos profesionales y de oficio. Lo que según el autor de la reseña marca aún hoy en día las relaciones económicas y laborales en este país.

En el balance sobre la evolución de la historia económica contemporánea<sup>30</sup> se pone de relieve la importancia de la crisis económica de la segunda mitad de los setenta, como uno de los factores promotores de la reorientación de las investigaciones. Dos grandes ejes de trabajo se consolidaron como consecuencia de una coyuntura intelectual y mental marcada por las preocupaciones ante la crisis económica: por un lado, el reforzamiento de una historia de las empresas que fuese autónoma respecto a la historia económica general y, por otro, e inversamente, la necesidad de construir una específica historia de las técnicas e innovaciones, estimando que tanto el hecho científico como el técnico estaban muy determinados por el hecho económico.

El estudio de las empresas en las últimas décadas y su transformación en objeto de investigación histórica, siguiendo el ejemplo anglosajón, han permitido revelar algunas de las particularidades poco conocidas de las estructuras productivas francesas. Si los trabajos regionales y de rama han sido potenciados, es, sobre todo, el análisis de las grandes empresas industriales y bancarias el que más progresos ha registrado. De ellos se desprende, según se afirma, una necesaria reconsideración del carácter e imagen del empresariado francés y de su capacidad de aceptar el riesgo y promover la innovación. En este ámbito de investigación, el éxito del método prosopográfico<sup>31</sup> ha permitido la reconstitución de la historia de empresarios y hombres de negocio, principalmente a escala regional y prontamente, según se espera, a nivel nacional. Las investigaciones también se han abierto hacia problemáticas como la “demografía de las empresas”, es decir, su nacimiento, evolución y quiebra, y la eliminación de las entidades débiles, situando su estudio en una perspectiva comparativa europea. Otros trabajos han enfocado el tema del financiamiento de las empresas o su organización.<sup>32</sup>

<sup>30</sup> Efectuado por D. Barjot, en *HG*, pp. 53-68, quien subraya la importancia en historia económica contemporánea de los nuevos objetos, instrumentos y métodos de análisis: la historia microeconómica de las empresas, el análisis de las redes (de todos los tipos de redes: de infraestructura, de funcionamiento, de regulación, de territorio, etc.), el papel temperador, regulador y promotor del Estado y su relación con el mercado (véase también P. Fridenson, en *HG*, pp. 70-71), la economía de las convenciones para el estudio de los mercados de trabajo, etcétera.

<sup>31</sup> Es decir, la realización de biografías colectivas que permiten observar la constitución de grupos, sus nexos y vinculaciones personales y familiares, su evolución o involución ulteriores, su capacidad de pervivencia y renovación en calidad de grupo. Utilizada anteriormente en historia antigua, la introducción de dicha metodología en historia moderna y contemporánea fue inicialmente intentada en el mundo anglosajón. Su aplicación descansa también en la reconsideración del papel del individuo y su integración en una diversidad de redes de información e intereses.

<sup>32</sup> Los últimos años han visto el florecimiento de numerosos comités de historia de empresas, de ramas o de sectores industriales, los que disponen por lo general de una revista, organizan coloquios y desarrollan una política de subvenciones a publicaciones. D. Barjot, en *HG*,



La historia de la innovación y las técnicas es el otro eje que se ha desarrollado de forma significativa en los últimos años, estableciéndose como nexo entre los estudios microeconómicos y macroeconómicos.<sup>33</sup> Su dinamismo es evidente y se refleja en los animados debates abiertos: en torno a las relaciones entre ciencia y técnica, respecto a la manera en que se suceden los sistemas técnicos unos a otros, sobre las repercusiones societales y sociales del progreso científico, en particular desde el punto de vista de la fuerza de trabajo necesaria en cada momento para asegurar la producción social.<sup>34</sup>

### *Por objetos y problemáticas*

El campo como objeto de investigación no podía quedar al margen de las evoluciones experimentadas, tanto en lo que concierne a las problemáticas construidas y examinadas (influidas por la propia coyuntura), como en lo relativo a los métodos de trabajo.<sup>35</sup> Así, se ha desarrollado el interés por las prácticas rurales relativas a sucesiones y herencias (en una coyuntura, cabe destacarlo, de despoblamiento rural y caída del número de agricultores activos), lo mismo que la necesidad de observar la forma-

---

p. 60. Por su parte, I. Lescent-Gilles, en *HG*, pp. 185-194, sintetiza los orígenes, las posibilidades, los problemas e incluso los riesgos de la historia de las empresas, antes de presentar los principales trabajos concretos en esta especialización.

<sup>33</sup> En efecto, se trata de enfocar y analizar, tanto en sus orígenes como en su expansión y difusión por el conjunto de la sociedad, la puesta en servicio de nuevos procedimientos de producción, el lanzamiento de nuevos productos, la puesta en marcha de nuevas estrategias de organización, etc. Es muy significativo el hecho de que el interés de los historiadores economistas por la historia de la innovación se intensifique justo en el momento en que los economistas tomaban conciencia de la importancia de la investigación-desarrollo para la superación de la crisis.

<sup>34</sup> En otra reseña del *dossier*, F. Caron, en *HG*, pp. 155-164, la historia de la innovación es planteada también desde el punto de vista de las imperativas necesidades técnicas y del juego de la oferta y la demanda, o como producto de la voluntad y vocación de determinados “capitanes de empresa”, y también en tanto que motor de cambio social. Una perspectiva que se sitúa claramente en el cuadro de las evoluciones subrayadas anteriormente en esta reseña y que rompe con una visión anterior en la que la innovación obedecía principalmente al conflicto de intereses y la competencia económica entre grupos industriales y financieros, y en donde el cambio y el progreso social dependían tanto de la intervención directa de los grupos sociales como de la política económica del Estado keynesiano. La innovación es definitivamente un terreno en el que se percibe claramente el cambio de paradigmas.

<sup>35</sup> Contrariamente a lo que cabía imaginar, el uso extendido del instrumental informático no ha sido fuente de afinamientos estadísticos e interpretativos. En cambio, la variación de las escalas de análisis introducida por la microhistoria ha provocado entusiasmos y virajes. La singularidad de los casos estudiados se ha vuelto más importante que su representatividad y la antropología ha adquirido para la historia el estatuto de disciplina vecina, proveedora de términos, conceptos y modelos, más cercana incluso que la misma economía. G. Béaur, en *HG*, pp. 79-80. Lo que ha representado al mismo tiempo un cuestionamiento de los paradigmas anteriores.

ción de las alianzas de parentesco y el estudio de la lógica que preside sus opciones económicas.

El énfasis puesto en las prácticas de creación de vínculo social como producto de las redes de solidaridad familiar y rural ha hecho que se revise la imagen de instituciones que en tiempos anteriores eran señaladas, sobre todo, como factores de opresión económica y social; es el caso, en particular, del señorío, el que aparece ahora más bien como estructura proveedora de servicios en beneficio de la sociedad rural.<sup>36</sup> El mismo crédito rural, interpretado anteriormente como instrumento de sujeción del deudor, aparece también aureolado como práctica de vínculo social; incluso la propiedad, cuyas estructuras dejan percibir fases de acumulación alternadas con fases de desposeimiento y un equilibrio estratégico a mediano plazo.

La comparación entre los modelos británico y francés de transición al capitalismo se ve alterada también por estas modificaciones de perspectiva. La imagen del campesino francés, retardatario y localista, arcaico y autárquico, incapacitado para salir airoso de una comparación y confrontación con su congénere británico, está quedando paulatinamente desechada. Surge de todo ello, según se afirma, el retrato colectivo de un campesinado capaz de innovar y buscar su beneficio y utilidad más allá de sus prácticas y solidaridades colectivas, para lo que no duda en movilizarse y desplazarse por invisibles senderos, susceptible de combinar su trabajo agrícola con diversos empleos, alejado de lógicas y racionalidades unívocas.

Otros terrenos de investigación son igualmente testigos de las evoluciones mencionadas. El sector terciario, por ejemplo, ha empezado a ser examinado como observatorio de manifestaciones específicas de cada una de las revoluciones industriales, en el tránsito hacia la sociedad de consumo y posmoderna, observándose en esta última una formidable imbricación entre industria y servicios, a tal punto que las fronteras que las separan parecen difuminarse<sup>37</sup>.

Si la antigua noción “revolución de los transportes” (la misma que se habría producido entre 1830 y 1840) es declarada caduca, luego de la disminución del papel atribuido al ferrocarril en el crecimiento económico;<sup>38</sup> se pone de relieve en cambio, en el mediano plazo, el afianzamiento de los sistemas técnicos (a escala micro y macroeconómica) en los que

<sup>36</sup> Aun cuando no desaparecen los “enfrentamientos de clase”, éstos aparecen subordinados a los conflictos individuales o a la “lógica situacional”. G. Béaur, en *HG*, p. 86.

<sup>37</sup> La reseña corre por cuenta de H. Bonin, en *HG*, pp. 91-106.

<sup>38</sup> La historiografía estadounidense, prolífica en este tipo de trabajos, ha influido en tal evolución. El balance efectuado reconoce este efecto.



puede inscribirse la denominada “revolución del riel”, con sus propias causas técnicas.<sup>39</sup>

La tradicional identificación de la mujer con la familia y el hogar ha ocultado su efectiva actividad económica, a pesar de haber representado casi siempre por lo menos un tercio de la población activa. Lo que conlleva a una revisión de las investigaciones anteriores y a una discusión sobre el lugar atribuido al trabajo femenino en cada uno (y en cada fase) de los procesos de industrialización.<sup>40</sup>

Evidentemente, el tema de la mundialización (o globalización), su defensa y rechazo actuales, así como su puesta en perspectiva histórica son también asuntos enfocados por el *dossier*.<sup>41</sup> En primer lugar, se define la mundialización como la integración de mercados mundiales, por productos.<sup>42</sup> Se afirma luego que se puede hablar de integración cuando se produce la convergencia de precios de los productos, a pesar de las distancias geográficas entre los mercados respectivos. En fin, se define la economía mundial como el conjunto de mercados dispersos por el mundo pero integrados unos a otros.<sup>43</sup>

Si el término mundialización es reciente, el proceso que designa es antiguo; pero es indispensable, desde luego, ponerse de acuerdo respecto al contenido de las palabras que se utilizan. Si una economía-mundo (en el sentido braudeliano del término) no es una economía mundial, aunque la primera (o más bien alguna de ellas) haya podido históricamente transformarse en la segunda,<sup>44</sup> es necesario replantear el problema del momento de la emergencia de un sistema económico mundial.<sup>45</sup>

<sup>39</sup> Es M. Merger, en *HG*, pp. 107-118, quien presenta dicho balance. Su autor sugiere la conveniencia de análisis similares para el automóvil y el avión.

<sup>40</sup> El balance es presentado por la historiadora de género S. Schweitzer, en *HG*, pp. 203-212.

<sup>41</sup> El informe sobre mundialización es presentado por F. Crouzet, en *HG*, pp. 119-130.

<sup>42</sup> Con excepción de aquellos que no pueden ser *tradables*, dice el autor (sin temor a los anglicismos), por ejemplo los bienes inmobiliarios, o los servicios (los peluqueros, por ejemplo).

<sup>43</sup> Este tipo de conceptualización pone por delante la esfera de los intercambios como criterio de base. Lo que evidentemente puede suscitar reacciones entre quienes privilegian las *estructuras productivas* (y su integración horizontal y vertical) como el fundamento de una economía mundial.

<sup>44</sup> La “economía-mundo británica” se amplió hasta transformarse en economía mundial, ya en el siglo XIX, culminando así un lento proceso de fusión entre las economías-mundo del Atlántico y del océano Índico.

<sup>45</sup> El autor recuerda y critica al mismo tiempo el reciente cuestionamiento operado por O'Rourke y Williamson, *After, 2001*, respecto a la presunta emergencia de un “sistema mundial” a comienzos de la época moderna. Dicho “sistema”, según las tesis defendidas entre otros por A. Gunder Frank y E. Wallerstein, se habría configurado después de los descubrimientos de fines del siglo XV, comienzos y mediados del XVI. No es posible, dicen aquéllos, hablar de “sistema mundial” en ese entonces, ni por el tipo de productos (cuya importación no representaba competencia para las producciones europeas), ni por el tipo de consumidores de tales bienes importados (generalmente las elites y no las capas mayoritarias), ni por la influencia directa ejercida por tales productos sobre los precios. Pero tampoco, agregan, por la ausencia de

Pero no cabe duda de que el siglo XIX se caracterizó por un afianzamiento de la mundialización, la misma que se aceleró incluso al llegar el siglo XX, alcanzando un momento cumbre antes del desencadenamiento de la gran guerra, en 1914. Tal mundialización se manifestó tanto desde el punto de vista comercial como desde la perspectiva de los movimientos de capital, aunque también desde un enfoque tecnológico y de movimiento de población, antes de experimentar por causa del conflicto mundial un frenazo considerable.

Al salir de la guerra se impusieron políticas proteccionistas y preferenciales aplicadas a los bienes producidos domésticamente (o incluso en las propias áreas coloniales, la llamada “preferencia colonial”), se comenzó a limitar el flujo migratorio; los movimientos de capitales y tecnología se redujeron considerablemente, los controles de cambio fueron la solución impuesta ante la creciente desconfianza monetaria. En fin, la economía mundial se fracturó en varios bloques comerciales, monetarios y también políticos; conviene no olvidarlo, con la emergencia del mundo socialista. Triunfaba entonces un “neomercantilismo antiglobal”.<sup>46</sup>

Empero, una nueva oleada de mundialización habría de irrumpir luego de la segunda guerra mundial, particularmente después de 1950, aunque con características peculiares respecto a la decimonónica. La apertura territorial y planetaria de esta *segunda* mundialización sería más amplia que la *primera*, el volumen de sus intercambios mayor y muy superior el segmento de las economías nacionales que se incorporaría al sistema mundial, tomando en cuenta, al mismo tiempo, el peso relativo más grande de los servicios.

La deslocalización de la producción y los capitales se intensificaría gracias al desarrollo de las sociedades multinacionales, las que sin perder de vista los intereses de su Estado de origen aplicarían una estrategia mundial a su expansión. Después de varias décadas de liberalización ya se puede hablar hoy en día de un mercado planetario de capitales, a pesar de que la velocidad con que éstos se mueven no facilite siempre el cálculo exacto de su real magnitud<sup>47</sup> y favorezca las interpretaciones que po-

---

flujos masivos de capitales y mano de obra (aun cuando haya habido movimiento de ambos). Se trata efectivamente de cuestiones muy polémicas. Una solución podría ser, dice F. Crouzet, hablar de “protomundialización”. Sin embargo, cabría preguntarse si dicha problemática puede resolverse sólo hallando un nuevo nombre para designarla.

<sup>46</sup> Una formulación que recuerda los debates de los años ochenta y noventa sobre el mercado, la libertad y la “informalidad” como nuevos paradigmas de la actividad económica (y a veces humana).

<sup>47</sup> La importancia colosal de los capitales de corto plazo (golondrinos), volátiles por definición, es un hecho nuevo en la presente configuración. Su naturaleza desestabilizadora acentúa la impresión de desgobierno e incapacidad de los bancos centrales.



nen de relieve su inferioridad relativa respecto al mismo movimiento observado antes de la primera guerra mundial.

Hay dos factores, según se afirma, que potencian esta segunda mundialización, aunque ambos ya estuvieran presentes también en la primera. Por un lado, la baja de los costes de transporte (acelerada por la rapidez actual de las comunicaciones); por otro lado, la liberalización organizada, e impuesta, de los intercambios internacionales, particularmente el desmantelamiento de los aranceles, si bien no exclusivamente. Este último parece haber sido el factor más importante, sobre todo porque su impulso ha sido llevada a cabo por los denominados organismos internacionales (FMI, BM, OCDE, GATT y OMC), considerados como entidades dominadas por Estados Unidos, primer agente de la mundialización contemporánea.

El capítulo de las consecuencias de la mundialización y su evaluación es ciertamente un terreno abierto a la confrontación de versiones opuestas e incluso antagónicas, tanto en el centro como en la periferia (para retomar los términos familiares y cómodos de la formulación cepalina), y es fuente de inspiración al mismo tiempo para nuevas investigaciones en historia económica contemporánea. Por ejemplo, en torno al problema del paro estructural generado en los viejos países de Europa, como consecuencia de la movilidad de capitales y la deslocalización de las empresas; respecto al *dumping* social que la mundialización provoca necesariamente en los países en los que se ha desarrollado con anterioridad un modelo eficaz aunque costoso de protección y cobertura sociales; la pobreza del aún llamado tercer mundo y los presuntos beneficios que determinados países emergentes hayan podido obtener, gracias a la liberalización multidimensional de sus economías y mercados; y los desastres ecológicos y laborales originados por políticas indiscriminadas de atracción de capitales extranjeros, conducidas bajo la inspiración de los organismos internacionales anteriormente mencionados.<sup>48</sup>

<sup>48</sup> El punto de vista de F. Crouzet es inequívoco: las consecuencias positivas de la mundialización son de lejos superiores a los inconvenientes; el orden "neoliberal" es sólido, pese a las crisis por las que ha atravesado; la existencia de una potencia hegemónica (actualmente Estados Unidos) es un factor de estabilidad para la economía mundial (argumento ya utilizado, conviene recordarlo, por Kindleberger, durante los años setenta, para explicar los orígenes de la crisis de 1929). Véase Kindleberger, *World*, 1973. Por otra parte, según el autor del balance, el paro en los países europeos se debe a la mala administración de los gobiernos; su sistema social sólo es amenazado por la evolución demográfica y la indecisión política para reformar el sistema de pensiones de jubilación; los países pobres que han aceptado las reglas de la liberalización y se han integrado al mercado están recuperándose de su atraso secular; la pobreza en el mundo ha disminuido visiblemente gracias a la mundialización; los percances laborales y ecológicos deben de ser imputados a la "mala gobernabilidad" de los Estados. Evidentemente, se trata sólo de *uno* de los puntos de vista en la actual confrontación entre los pro y los alter mundialización.

*A modo de balance*

Invitados a reflexionar sobre la evolución reciente de su propia disciplina, los especialistas convocados por *Historiens et Géographes* han actuado como historiadores, es decir, han aplicado el método crítico y han tratado de comprender los factores del efectivo retroceso de la historia económica en Francia. Algunos ponentes han llevado el análisis más allá de la esfera académica y universitaria para intentar situar la crisis en el contexto general de las dificultades contemporáneas de la economía y de la sociedad francesas.

Una crisis que no podía preservar o dispensar las bases de un, sin embargo, sólido edificio, construido en varias etapas y compuesto de materiales diversos, a saber: la originalidad de una historia económica y social en la que el eje estructuras-coyunturas exigía un enfoque *total* de la realidad estudiada y la introducción del corto plazo en el análisis histórico; el firme convencimiento de que el trabajo de terreno conducía necesariamente al conocimiento (y a la verdad histórica), ayudado por la erudición como producto de un trabajo intensivo, serio y crítico de las fuentes documentales pertinentes (y disponibles); la certeza de disponer de una metodología y unos instrumentos a la altura de las circunstancias, fruto previo del esfuerzo y la experiencia de los pioneros en la materia; la convicción de que la historia como disciplina era capaz de articular en torno suyo a las ciencias sociales (y a las denominadas ciencias auxiliares) para producir un auténtico saber científico; en fin, la vocación global e internacional de la escuela historiográfica de los *Annales*, casi como prolongación en el presente de un espíritu francés universal, enraizado en el razonamiento lógico y racional y el conocimiento científico y positivo de la realidad.

Pero aparte de los cuestionamientos internos e inherentes a la evolución francesa, las nuevas orientaciones ya afirmadas y casi consolidadas han establecido la prueba de que las barreras nacionales (o *naturales*) de protección intelectual de la historia económica “a la francesa” han tenido que ceder frente a la presión ejercida por corrientes foráneas, principalmente anglosajonas. Aun cuando la forma adoptada por tales concesiones haya tenido que tomar en cuenta las características específicas del enfoque de la regulación y las convenciones.

Los resultados no son homogéneos ni seguramente definitivos, y tal vez sea demasiado temprano, luego de apenas dos décadas de influencia plena, para elaborar un balance en términos de enriquecimiento o empobrecimiento de la disciplina; fuera, por supuesto, de la evidencia de su sensible retroceso y de que se hubiera quedado temporalmente fuera de moda.



Si el *dossier* presentado describe en su diversidad los nuevos activos incorporados por la reorientación operada y las ganancias producidas en los diversos ejercicios, tal vez valga la pena señalar también los costes de oportunidad y los déficit generados por el nuevo rumbo.

La nueva historia económica es mayoritariamente una historia económica franco-francesa (según la fórmula consabida), relativamente introvertida, concentrada principalmente, si bien no exclusivamente, en objetos de investigación ubicados en el interior de la geografía histórica del hexágono francés. Si como sabemos los cuestionamientos e interrogaciones dirigidos al pasado son determinados por interrogaciones y cuestionamientos del presente, no cabe duda de que la crisis y el retraso paulatino de la pujanza económica francesa contemporánea han condicionado y determinado esta reorientación introspectiva. Lo que no significa evidentemente que haya ausencia de trabajos que examinen otras realidades. Pero incluso cuando éstos existen, en particular los que se refieren al continente europeo,<sup>49</sup> es posible percibir una prolongación de las preocupaciones y problemáticas domésticas y la necesidad de reevaluar y reconsiderar el lugar de Francia (y las vías francesas) en una perspectiva comparatista.

Este relativo repliegue se ha traducido también en la ausencia de nuevos trabajos sobre la historia económica de las áreas culturales extraeuropeas. Las perspectivas continental, oceánica y mundial que predominaban en décadas anteriores y que dejaban presagiar un creciente interés por China, el mundo indio, e incluso Brasil y África del Sur, en tanto que objetos de estudio histórico de problemáticas novedosas, parece haberse cerrado por el momento.<sup>50</sup> Lo mismo podría señalarse respecto a otro asunto que en determinado momento interesó también a los especialistas: la transición desde el feudalismo hacia el capitalismo, valiéndose incluso –y sin anacronismos– de enfoques extraeuropeos para

<sup>49</sup> Principalmente la Europa septentrional y bajo un punto de vista comparatista, a pesar de que haya pocos trabajos franceses que se especialicen verdaderamente en historia económica y que tengan por centro de interés una problemática o una región europea fuera del hexágono francés. Por otro lado, la Europa meridional tampoco ha sido objeto, en sí misma, de interés particular por parte de los historiadores economistas franceses. Relegada al ámbito de los “estudios ibéricos” y al campo de la lengua, la literatura y la civilización, la historiografía francesa de la península ibérica, salvo excepción, tampoco ha registrado, en los últimos años, estudios de historia económica que igualen en importancia, por ejemplo, a los trabajos de Pierre Vilar de los años sesenta y setenta sobre Cataluña y España. Otro tanto se podría decir de los “estudios latinoamericanos”.

<sup>50</sup> A pesar de los esfuerzos de la Asociación Francesa de Historiadores Economistas (AFHE), la misma que recuerda periódicamente la necesidad de relanzar el interés historiográfico por dichas áreas geográficas, en sus diferentes épocas y periodos (según sus peculiares cronologías), fuera de su creciente importancia contemporánea. Las iniciativas internacionales de dicha asociación confirman esta voluntad de incorporar aquellas áreas emergentes y sus problemas específicos al universo de estudio de los historiadores economistas en Francia.

estudiar la evolución europea y abrir perspectivas analíticas; o inversamente, llevando los denominados *modelos* del viejo continente como estimulante heurístico para comprender las realidades foráneas examinadas.

De la misma manera, se han dejado de lado otros centros de interés que anteriormente atraían a la historia económica “a la francesa” tales como la experiencia económica soviética, la economía planificada y los anteriormente denominados problemas de la transición al socialismo. Tal como podemos apreciar en el *dossier* constituido, la rápida desaparición del bloque soviético, del socialismo real europeo oriental y su caótica evolución hacia una economía de mercado, tampoco son asuntos que parezcan interesar de momento a los historiadores economistas franceses, contrariamente a lo que ocurre en otros países europeos.

La hegemonía actual del vocabulario y las nociones consensuales reflejan indudablemente el predominio de las problemáticas de la regulación y las convenciones, de la transición que evita sobresaltos y conjura contradicciones, de la transformación social potenciada por el progreso técnico, del vínculo social y la colaboración entre grupos e intereses, de la empresa como teatro de epopeyas (o simplemente comedias) de desenlace afortunado y razonable. Como cabía suponer, esto ha dejado muy poco espacio para el examen histórico de las crisis económicas, en tanto que factor de ruptura y rechazo, o como preludio al reordenamiento social y económico. Si hemos mencionado el cuestionamiento de la noción “crisis de antiguo régimen” por su naturaleza paradigmática, es posible extender el diagnóstico a otras crisis y señalar aquí también una notable pérdida de interés por su estudio y tratamiento; para no hablar ya de las diversas teorías de las crisis, otrora lugar de áspero enfrentamiento entre corrientes contradictorias no siempre desprovistas de motivaciones ideológicas.

En fin, podríamos alargar la lista de asuntos en los que se observan déficit significativos, derivados del viraje y del *recentrage* anotados: la verificación histórica de la problemática del “despegue” desde un enfoque comparatista, el nacionalismo económico estadounidense y los nacionalismos europeos, el colonialismo económico del siglo XIX y la problemática de la apropiación y el uso de los recursos naturales en una perspectiva de comparación de los sistemas y estructuras productivos, los nacionalismos económicos periféricos y tercermundistas, etcétera.

Pero hay un asunto en particular sobre el que cabría interrogarse porque se relaciona con los dos componentes básicos de la disciplina: las relaciones entre historiadores y economistas, entre historia y economía, fuera de las circunstancias actuales de hegemonía ideológica de la visión regulacionista. El optimismo de E. Labrousse en los años sesenta había pronosticado el comienzo de una era de amistad y colaboración estrecha



entre el economista y el historiador; las evoluciones recientes de la historia económica “a la francesa” y las de la economía y la historia separadamente, no parecen dar pruebas fehacientes y contundentes de tal progreso, fuera de las declaraciones de buena intención. Claro está, salvo error u omisión.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGLIETTA, MICHEL, *Régulation et crises du capitalisme: l'expérience des Etats-Unis*, París, Calmann-Lévy, 1976 (en español *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*, México, Siglo XXI, 1979).
- ASTON, T. H. y C. H. E. PHILPIN (eds.), *El Debate Brenner*, Barcelona, Crítica, 1988.
- BARRACLOUGH, GEOFFREY, *Tendances actuelles de l'histoire*, París, Flammarion, 1980.
- BÉDARIDA, FRANÇOIS (dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, París, Maison des Sciences de l'Homme, 1995.
- BOUTIER, J. y D. JULIA, *Passés recomposés. Champs et chantiers de l'histoire*, París, Ed. Autrement, 1995.
- BRAUDEL, FERNAND, *Grammaire des civilisations*, París, Flammarion, 1987.
- CHARLE, CHRISTOPHE (dir.), *Histoire sociale, histoire globale?*, París, Maison des Sciences de l'Homme, 1993.
- DOSSE, FRANÇOIS, *L'histoire en miettes. Des “Annales” à la “nouvelle histoire”*, París, La Découverte, 1987.
- FINLEY, MOSES, *L'économie antique*, París, Ed. de Minuit, 1975 (en inglés: *The Ancient Economy*, Londres, Chatto and Windus, 1973).
- Historiens et Géographes*, “Où va l'histoire économique”, Asociación de Profesores de Historia y Geografía, núms. 378, mayo de 2002, y 380, octubre de 2002, número especial coordinado por Dominique Barjot, París, 276 pp.
- KINDLEBERGER, CHARLES, *The World in Depression, 1929-1939*, Londres, University of California Press, 1973.
- LABROUSSE, C. ERNEST, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Librairie Dalloz, 1933.
- , *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, Presses Universitaires de France, 1944 (en español, edición resumida, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962).
- , *Las estructuras y los hombres*, Esplugues de Ll. (Barcelona), Ariel, 1969.
- MENDELS, FRANKLIN, *Industrialization before Industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- NOIRIEL, GÉRARD, *Sur la “crise” de l'histoire*, París, Belin, 1996.
- O'ROURKE, K. H. y J. G. WILLIAMSON, *After Columbus: Explaining The Global Trade Boom, 1500-1800*, Cambridge, National Bureau of Economic Research, 2001.

VILAR, PIERRE, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, Paris, SEVPEN, 1962.

\_\_\_\_\_, "Crise du marxisme?" en J-C. Delaunay, *Actualité du marxisme*, Paris, Anthropos, 1982, pp. 23-38.

\_\_\_\_\_, *Une histoire en construction. Approche marxiste et problématiques conjoncturelles*, Paris, Gallimard, 1982.